





Segundo Cuadro de la obra de González Pacheco, próxima a estrenarse

(Cae un caso de loquillo. Puerta lateral derecha de acceso a un balcón sobre una plaza. Egre al patio. Otra izquierda. Hay una mesa en el centro, con hinc, un aparador de pino al fondo, un balcón, sillitas y los demás corrientes cosas de las habitaciones de los pobres. Al levantarse el telón la escena está sola; un momento después aparece por la izquierda Carmen, vestida de trapos oscuros que destacan sus palidéz delgado y sumbradora. Tras un tiempo en la mano y cruza a foro; abra la puerta y se encuentra a Guillermo de espaldas, sentado.)

trallas sus ojos. Entrallas, estrallas! Una madre es la noche estre- lada. VEC. — (Le mira extasiada). Qué bien! GUIL. — (Se da un poco de tono). Ham! Si! Bien... Y qué es esto?... Ah, no sabe?... Hay que razonar, señora! Es la vida que enaya, por billonesima vez, su destino de luz! VEC. — Muy lindo! GUIL. — (Convencido). Y, qué quiere?... Cuando un hombre razona, hasta lindo parece. GUIL. — (Ríe). ¡No! Usted, no! Lo que dice. GUIL. — (Abriendo). Es igual! Decíamos que una madre es la noche estrellada. Y de pronto sus estrellas se apagan, su alifio se muere! VEC. — (Desencantada). Oh, se señor! Qué trinidad! GUIL. — (Se mueve). Pero... (Quiere arrojarse) no me re- fiere, a los suyos; los suyos son apañes. Oh! Sanísimo! VEC. — Usted los vio?... Son sanos, sí, gracias a Dios. Sin embargo, el más chiquito, no sé, se vestía de nada... GUIL. — (Solo, con rebeldía encie). Al demonio! Razonar es lo mismo que buscar un alfiler en un estante con copas; no se vé lo que se veites al lo que se rompe. Aunque nos lastimen los vir- dros rotos. Yo también estoy sangrando... (Se dispone a irse). Al demonio! (Ve aparecer por foro a Anibal y a Juan). Hombre, muy bien! Y si hubieran llegado antes, o en lugar mío, mejor aún! ANIBAL. — (Entra). Qué pasa?... Y Carmen?... GUIL. — Por ahí, llorando. Y otra que vino después, segura- mente temblando frente a la cuna de su hijo. ANIBAL. — Por qué?... GUIL. — (Vestiblemente borracho). Te lo decía yo. Vamos nos- otros, vamos Guillermo va a hacer un barro. Y ahí está; ya lo hizo. Pero, amigo! Bueno. Déjenme a mí ahora. Donde está esa muchacha?... (Se tambalea buscándola). ANIBAL. — (A Juan). A ver! Vete! Estate quieto. Sentate. GUIL. — (A Anibal). Por lo mismo que en las plazas siempre soy yo al que encandean. Porque no hay nada más subversivo que la razón, ni más inoportuno! JUAN. — (A Anibal que ha intentado sentarse). Cómo, sen- tate?... Tengo que hablarle, amigo. Yo soy baqueano por estas cosas... ANIBAL. — (Concluidor). Si, sí, ya sé. Pero, hace el favor: sentate. (Lo sienta). GUIL. — (Admirado). Y ese?... JUAN. — Sentate, sentate! Y mientras Juan se sienta, Carmen llora... Esto está mal, compañero. Es una traición a Pablo! ANIBAL. — (Explica a Guillermo). Me arastré aquí. Yo no quería; pero hubiera sido peor que vintiera solo. GUIL. — (Algo, qué tiene?... ANIBAL. — Desde que vos nos dejaste, entré a tomar a una cantina y... GUIL. — Está borracho! (En un grito, abalanzándose a Juan). Juan! Tó! Un obrero! Has perdido la cabeza?... Pero esto no es... Al demonio! JUAN. — Y qué hay?... (Quiere pararse). Tanta política! GUIL. — (Le toma la cara, le mira los ojos). Hermano mío querido! Pero, esto no es razonable! JUAN. — Bueno, y qué?... Yo sólo he tomado dos veces en mi vida! Dos. Una: el día que me casé a mi modesta, y la otra, hoy, que hay que consolar a Carmen. Y por qué lo he hecho? Vamos a ver: por qué? Hay que razonar, amigo! Porque entonces, igual que ahora, se precisaba un poco de política. Comprendes, Guillermo? Aquí se precisa un poco de... Déjenme a mí. Vayan, no más, tran- quilos. Dónde está esa muchacha?... (La busca con los ojos). GUIL. — Borracho! Un óbterro borracho! Y en casa de una madre que llora su hijo muerto. Pero esto es un sacrilegio! No comprendes?... (Juan lo mira, idiota; él se vuelve a Anibal, ingenuo). Parece que no comprende. ¡Toma una silla y se le va a si- tuar cara a cara! Y bueno, Juan. Razones... ANIBAL. — Ufa! No! Déjalo en paz! Aquí la solución es que uerman. JUAN. — (Que un efecto se va a dormir). Tanta política! GUIL. — Que duermas?... Ah, no! (Lo sacude, lo alza, lo grita). Vamos, tó. Ven conmigo. Yo te llevo a tu casa. Tú, (A Anibal), te quedas. ANIBAL. — Yo?... A qué?... GUIL. — A nada. A estar! ANIBAL. — (Defendiéndose). Y por qué yo, y no va este?... GUIL. — Porque entre la razón y la locura, la vida busca su equilibrio. (Cuarta hora a Juan). ANIBAL. — Pero, y qué le digo?... Yo no sirvo... GUIL. — Nada, no le dices nada. Tú haces aquí, como dicen los autores, el ambiente. Eres joven y eres fuerte... ANIBAL. — Y qué tiene que ver eso?... No comprendo... GUIL. — (Furioso). Ni hace falta! Pero, qué te crees, tú? Que la vida es razonable? No es razonable! (Se va arastrando a Juan). No es razonable! (Pausa). ANIBAL. — (Solo, pasea). Lindo programa! VEC. — Señor!... Ah, se fué?... (Anibal la mira). Vená a decirle que ahí está don Pablo. Lo y cruzar la plaza. Abí entra. (Como si lo viera). ANIBAL. — Pablo! (Camina foro; lo inmobiliza un grito). CARMEN. — (De aduera). Pablo! Mi Pablo! VEC. — Pobrecita! Pobrecita! (Mujita). ANIBAL. — (Se vuelve, pasa y espera). Lindo programa! PABLO. — (Por foro, precipitado, angustiado). No! No! (No ve a Anibal). Nene! Nene! (Busca bajo de la mesa, cruza y va al oquarto de izquierda; entra y sale gritando). Nene! Nene! (Ve a Anibal y vuelve en sí; lo saluda en silencio).

ANIBAL. — Pablo! (Carmen viene llorosa, ve a Anibal y se contenta, se sienta). PABLO. — (Va a la puerta sobre la plaza, la abre, respira, luego le, se vuelve a los dos). Me han engañado como a un chico. A mí, que la quiero tanto. (Y como ve que no lo entienden, explica). La vida! ANIBAL. — Hermano! (Intenta abrazarlo). PABLO. — (Arisco). No, déjame! (Se sienta). ANIBAL. — Es que tren llegaste? PABLO. — (Boca mudrada). He estado ahí. (Señala la plaza). Los vi a ustedes. CARMEN. — Y se van... Por qué?... ANIBAL. — (Sobria algo). PABLO. — No. Esperaba al jefe. Esperaba que venía, por el día lindo, lo llevara a jugar a la plaza. Quería bailar en la plaza. (Pausa). Echa la cara en las manos. Anibal lo observa, mira a Carmen y va a irse). CARMEN. — (Rápida, sorda). Anibal! No se vaya! (Anibal se vuelve). PABLO. — (A los dos). Hay un gran mitin hoy. He leído los murales. Vamos, Carmen?... Vay... No! CARMEN. — (Hombros bajados). Vay... No! ANIBAL. — (Dónde compraría el borrero su hecha mellada?... Mi taller está en la plaza. Voy a hablar yo! ANIBAL. — No. Ahí no hablamos más nosotros. No nos per- mitem. Nos las han quitado. No sabemos eso tampoco! PABLO. — (Solo, se sienta). Del nene no sabía nada; pero se las plazas, sí. Qué puede tocar las plazas sin que yo sepa?... Por eso he vuelto a reconquistarlas! (Pausa). Luego, confidencial a los dos). Saben?... Vamos a dar un gran golpe. Voy conoos (A Anibal), como no!, la leyenda de Prometeo que robó el fuego di- vino y al que los dioses encadenaron a una roca?... Bueno; vamos a superar también eso; a humanizar ese símbolo. Yo voy a... CARMEN. — (Alfada en un grito). Pablo! No voy a la muer- ta! Es tu hijo! (Silencio largo y espeso como un tapiz negro que una mano ébete tantea, sin acabar de recogerse nunca). PABLO. — (Al fin). Ha aquí el hierro que plantó al yunque en la plaza. Forja y remacha; traupira y canta. Pero no se pone feo en su martillo, no hace también de hierro su destino. Le roba fierres a su obra, fuerza a su puño, y umbre y brillo a sus temple. Por qué?... Porque también tiene un hijo, porque es, al fin, no más que todos. Se divierte el hombre; juega a ser padre; un año o dos o diez, hasta que un día la vida, cansada que lo traicione, de su abo- lo manotón le rompe y le echa a la cara su hijo muerto! (Se abo- te, va a llorar). CARMEN. — (Con suspirada esperanza). Pablo! Mi Pablo! (Se lo aproxima). PABLO. — (Vuelve en sí). Vos lo educaste, Anibal?... (Este dice sí, con la cabeza). Era una cosa así... (Hace un ademán de chiquetes ferrosos con las dos manos). Un montoncito de algodón y porcelana dentro del que había escondidas muchas hecillas de oro; donde lo tocabas, y a veces con solo mirarlo, cantaba: papá!... papá!... (Se echa de bruce sobre la mesa y llora). CARMEN. — (Cast contenta). Lloras, Pablo?... Lloras! al ne- re! PABLO. — (Todavía, se yergue, con los ojos y la boca y la voz llenos de llanto). Es el primer tirano sobre el que vicia y lo voz- grina! (Vuelve a caer. Anibal va a hacer mutis). CARMEN. — (Que iba a Pablo, se vuelve a Anibal y le grita temblando de angustia). No! No se vaya! Estoy sola! Soltita!

Bésalo

Hay un modo de perder, y hay un modo de ganar a los hombres para la libertad: metiéndolos en un puño, como reses en un brete, o deportando en ellos al dor- mido ser sagrado que todos lle- vamo dentro. Uno es expeditivo, autoritario; el otro es fraterno y entusiasta. Aquél vé sólo lo ac- tual, la noche tenebrosa del pre- sente, y de ella quiere sacar su récua, aunque sea a palos; el otro mira al futuro, como a un sol co- tidiano, se llena los ojos de sus destellos, y, como dice Han Ry- ner, después, donde quiera que se encuentre, vé siempre soler. La diferencia es obvia y defni- tiva en quienes man de estos dos modos la misma cosa. Es con- cediendo que los dos la aman con fervor idéntico, — lo que es con- ceder bastante — uno arrea al porvenir sólo esclavos y fanáti- cos, contra los cuales el otro, don- de quiera que los halle, tendrá que revolverse y libertarlos. No hay lucha más enconada y a muerte que la de los anarquistas contra los bolcheviques y sus se- rruces. Estos tales dictadores, nos re- cuerdan aquel fraile empujado en que un ateo moribundo entra- ra al cielo. De pie ante él y agor- dándose su crucifijo y estampar- selo sobre la boca livida: ¡bésalo! Me ca... ¡igo en Cristo!

VIDA POR VIDA

No debemos estar para perder el tiempo. Es la hora para los rebeldes de vender cara la vida. Las situacio- nes que día a día nos presenta el sistema burgués con sus procedimientos dictatoriales, dictaminados como a machaetes de avieser la vida, deben terminar. Pongamos precio a nues- tra existencia ante el peligro y, si hemos de morir, cobremos con la misma moneda la vida de los nuestros. Vida por vida es la ganaremos siem- pre porque somos más que ellos... Esta es la hora de las minorías que más capaces sean de accionar, de des- truir y de crear. Las multitudes se muestran pere- zosas después de haber sufrido tanto desengaño, después de tanto sacrificio sin ningún resultado para la humani- dad. Hoy la obra sigue en puros de las minorías: minorías son los gobiernos, y minorías son los encargados de obstaculizar la labor que éstos reali- zan; minorías somos, pues, los anar- quistas. De la acción que cada uno desarrolla depende su triunfo. Los gobiernos triunfan porque accionan siempre. Con razón o sin ella, leña, es el lema de las fuerzas represen- tativas por los Estados y las religiones. Contra éstos debe desarrollarse la ac- ción de las minorías anarquistas, ya que la masa del pueblo no tiene con- ciencia de sí misma. Es neutral, tra- ta de vivir como puede. "La cosa es vivir", — se dice — que para eso se ha nacido. Pequeñas minorías lo arrastran, lo dominan, lo hamblean y los aerofijos van contra otro, pro- duciendo dictaduras guerreras y toda suerte de calamidades sociales... Los anarquistas somos lo contrario de todo eso, y tenemos el deber de neutralizar estos males antes que los corrijan nos arrastre. Para esto no debemos caer en el defecto de los fa- natos religiosos que todo lo han- dían al poder de sus dioses y se de- jan morir por no aplicarse el reme- dio a sus males, ante el temor del sacrilegio. La acción individual del artista, del sabio, del mástico o del obrero es

EL 30 DE ABRIL

Los amigos de "LA ANTORCHA" se reunirán en la Gran Velada que se realizará en su beneficio en el Salón XX de Saffembre, Aisina 2832 El Cuadro "Hélopomene", representará "La Toga Roja", de Henry Brieux. Conferencia por R. Gonz. Pacheco

DOS IMPORTANTES ACTOS PUBLICOS EN ROSARIO se realizará en la plaza SARMIENTO, a las 20 horas, el día 30 y en la PLAZA LOPEZ el día 31 de Mayo a las 16 horas. En ambos actos, organiza- dos por la F. O. L. R. excomulgada, hablarán los compañeros Aldo Aguz- zini (en italiano) y Armando Trivifio, de la Capital Federal, y Antonio Pé- rez y otros de la localidad.

bre, como ahora 32, muchachos de nscripos aprava a por su libertad el semestado de ante; la de 1931 de 1930 "Aco artículos para 32, muchachos de nscripos aprava a por su libertad el semestado de 1932, los soldad- los, en Comodoro a patrullera han obreros. Y no son mil, pero la Pa- y Varela tuvo su y los representas en Comodoro, ni suicida por han- en las apuñadas (ref. Desacordado y arrio; por hoy,

Ambró y más 1932, los soldad- los, en Comodoro a patrullera han obreros. Y no son mil, pero la Pa- y Varela tuvo su y los representas en Comodoro, ni suicida por han- en las apuñadas (ref. Desacordado y arrio; por hoy,

la sangre culpable no haya máis... a la inocente; representa la ig-... nidad, una palabra... al baldón, todo lo terrible y dole-... de la actual organización social... Colocado en el fin de la historia... Compañera, Chicago abre con re-... de sol el libro de la his-... Futuro... Juan Más y Pl.

